La lengua que nadie escuchaba

LUIS FERNANDO GARIBAY SILLAS

En una escuela primaria de un pequeño pueblo del norte de Sinaloa, cerca de donde el río se vuelve lento antes de acercarse al mar, había una niña que casi no hablaba. El pueblo era tranquilo. Las casas eran bajas, muchas con patios donde crecían árboles de mango o de guamúchil. Por las mañanas el sol llegaba temprano y por las tardes el viento levantaba polvo en las calles de tierra.

La escuela estaba en el centro del pueblo. Tenía tres edificios sencillos, pintados de blanco y azul, un patio grande donde los niños corrían durante el recreo y una cancha donde siempre se jugaba fútbol. Cada lunes los alumnos formaban filas para honrar la bandera, y después entraban a sus salones entre risas y conversaciones.

En ese lugar todos parecían entenderse sin problema. Todos hablaban español. Todos compartían los mismos libros, las mismas tareas y las mismas palabras. Por eso la niña llamaba la atención sin proponérselo.

Se sentaba siempre en la tercera fila, junto a la ventana. Desde ahí miraba el patio, observaba a sus compañeros, escuchaba a la maestra. Cuando levantaba la mano para participar, las palabras salían distintas. Su voz era suave, sus sonidos no coincidían con los que los demás conocían.

Los otros niños pensaban que era tímida. Algunos decían que no sabía hablar bien. Otros se reían cuando intentaba explicar algo. La maestra, al principio, también se confundía.

—Repítelo otra vez —le pedía con paciencia.

La niña lo intentaba, pero el resultado era el mismo. Entonces la maestra le pedía que escribiera la respuesta en su cuaderno. La niña miraba la hoja. Dudaba. Escribía unas pocas palabras y después se quedaba quieta.

Poco a poco, el silencio comenzó a rodearla. En el recreo, mientras los demás corrían detrás de una pelota o compartían comida, ella caminaba por el patio mirando el suelo. Escuchaba conversaciones que iban rápido, llenas de bromas y juegos de palabras. Ella entendía algunas cosas, pero no todas. Cuando intentaba participar, sus frases salían diferentes y los demás se quedaban mirándola sin comprender.

Un día, durante una actividad en clase, la maestra pidió a cada alumno que dijera su nombre completo y algo sobre su familia. Los niños fueron pasando uno por uno.

—Mi papá trabaja en el campo. —Mi mamá vende comida en el mercado. —Mi abuelo vive con nosotros.

Cuando llegó el turno de la niña, ella se levantó lentamente. Respiró profundo y habló. Sus palabras eran claras para ella, pero para el salón sonaron desconocidas. El silencio fue breve. Luego apareció una risa. Después otra. La niña se sentó de nuevo sin mirar a nadie.

Aquella tarde caminó de regreso a casa más despacio que de costumbre. Su abuela la esperaba en la puerta.

—¿Cómo te fue en la escuela?

La niña respondió en su lengua. Una lengua antigua, que había nacido en esa región mucho antes de que existieran las aulas, los pizarrones y los cuadernos. Una lengua que había acompañado a las familias del pueblo durante generaciones. Una lengua que hablaba del río, de la tierra, de las fiestas tradicionales y de las historias que se contaban por las noches.

La niña hablaba yoreme. Su abuela la escuchó con atención. Entendía cada palabra. Durante años, en esa casa se había hablado así. Pero fuera de esas paredes, cada vez era menos común escucharla. Muchos adultos habían dejado de enseñarla a sus hijos por miedo a la burla o porque pensaban que el español era suficiente para la escuela y el trabajo. La niña estaba creciendo entre dos mundos.

Uno donde todos entendían su lengua. Y otro donde nadie parecía escucharla.



A la mañana siguiente, la maestra seguía pensando en lo ocurrido. Algo no le parecía correcto. La niña no parecía incapaz de comunicarse. Había algo más. Decidió visitar a su familia. La abuela le explicó con calma.

—Ella habla yoreme. Es nuestra lengua.

La maestra se quedó en silencio unos segundos. Entonces comprendió lo que había estado pasando. La niña no estaba callada. La niña hablaba. Solo que el salón no sabía escucharla.

Al día siguiente, la maestra entró al aula con una idea diferente. Escribió dos palabras en el pizarrón:

Lengua. Respeto.

Les explicó a los alumnos que en su propio estado existían pueblos con lenguas antiguas, que esas palabras también formaban parte de la historia de México. Les dijo que cada lengua guardaba conocimientos, tradiciones y formas de entender el mundo. Después miró a la niña.

—¿Quieres enseñarnos algunas palabras?

La niña dudó al principio. No estaba acostumbrada a que le pidieran eso. Pero la maestra sonreía. Así que habló. Dijo cómo se decía agua. Dijo cómo se decía casa. Dijo cómo se decía amigo.

Los alumnos escucharon con curiosidad. Algunos repitieron las palabras en voz baja. Otros preguntaron cómo se pronunciaban. En los días siguientes, el salón comenzó a cambiar. La maestra dedicó unos minutos cada semana a aprender nuevas palabras en lengua yoreme. Los alumnos preguntaban a la niña cómo se decían cosas simples: sol, árbol, camino, familia.

En el recreo ya no caminaba sola. Ahora algunos compañeros se acercaban para preguntarle cómo decir ciertas palabras.

—¿Cómo se dice "gracias"? —¿Cómo se dice "amigo"?

La niña respondía. Y por primera vez, sus palabras encontraban lugar. Poco a poco, el silencio que la rodeaba desapareció. La lengua que parecía olvidada empezó a escucharse entre los pupitres, en el patio, en las conversaciones del salón. No porque fuera nueva. Sino porque alguien decidió escucharla.

Nota de edición: Este cuento fue publicado originalmente en la revista Yoris y Yoremes de la Comisión Estatal de Derechos Humanos de Sinaloa.

